

así, vendido, profanado por Fatu, era ya demasiado. Casi habría llorado si no hubiese sentido contra aquella criatura tanta rabia en su corazón.

Era aquella Fatu la que desde hacía cuatro años la tomaba su dinero, su dignidad, su vida.

¡Por conservarla había perdido su ascenso, todo su porvenir de soldado, por ella se había quedado en Africa, por aquella chiquilla mala y perversa, negra de rostro y de alma, rodeada de amuletos y sortilegios. Y se encolerizaba caminando al sol. Contra sus maleficios se había apoderado de él una especie de horror supersticioso; contra su maldad e imprudencia y audacia que acababa de demostrar estaba dominado por un furor insensato. Y regresaba a su casa, andando de prisa, hirviéndole la sangre, exasperado de pena y de cólera, ardiéndole la cabeza.

Ella esperaba este regreso con gran ansiedad. En cuanto lo vio entrar comprendió que no había hallado el viejo reloj que sonaba.

Tenía él un aspecto tan sombrío que ella pensó que, probablemente, iba a matarla.

Y lo comprendía: Si a ella la hubiesen robado un cierto amuleto reseco, el más precioso que tenía, y que cuando ella era pequeña le había dado su madre en Galam, ¡oh! se habría lanzado sobre el ladrón y, si hubiese podido, lo habría matado.

Comprendía ella que había hecho con aquello algo muy malo, impulsada por los malos espíritus, por su gran defecto de gustarle adornarse. Sabía que era mala. Estaba disgustada por haber causado tanata pena a Juan, le era indiferente que la matase; pero hubiera querido besarle.

Cuando él la golpeaba, casi experimentaba un placer, porque apenas había, otros momentos que aquellos en los que él la tocaba y ella podía tocarle apretándose contra él para pedir piedad. Esta vez, cuando él fuese a cogerla para matarla, como no tenía nada que perder, pondría todas sus fuerzas para enlazarlo y para tratar de llegar hasta sus labios y luego se agarraría a él besándolo hasta que quedase muerta.

Si el pobre Juan hubiese podido reflexionar lo que pasaba en aquel corazoncito torvo, sin duda, para su, desgracia, habría perdonado aún. No era difícil enternecerlo.

Pero Fatu no hablaba, porque comprendía que todo aquello no podría expresarse, y la idea de aquella lucha suprema durante la cual iba a

abrazarle y a besarle y a morir, por él, lo que terminaría todo, esta idea la agradaba; y esperaba, fijando en él sus grandes ojos de: esmalte, con una expresión de pasión y de terror.

Pero Juan había entrado y no le había dicho nada; ni la había mirado siquiera. esto no lo comprendía ella ya.

Hasta él, al entrar, habla arrojado látigo, porque estaba avergonzado, de ha sido brutal con una muchacha y no quería volver a serlo.

Unicamente empezó a arrancar todos amuletos que pendían de las paredes, arrojarlos por las ventanas.

Después tomó los paños, los collares, los *bubús*, las calabazas, y siempre sin decir nada los lanzó afuera, a la arena.

Fatu comenzaba a comprender lo que le esperaba: adivinaba que todo estaba terminado, y quedó aterrada.

Cuando todo lo que era de ella estuvo fuera ya desparramado por la plaza, Juan le mostró la puerta, diciéndole sencillamente, entre sus dientes blancos apretados y con voz sorda, que no admitía réplica.

-¡¡Vete!!

Y Fatu, bajando la cabeza, se fué sin decir nada.

No; ella no se había imaginado nada tan horrible como ser expulsada así. Sentía volverse loca, y se fue sin atreverse la cabeza, sin poder lanzar un grito sin decir una palabra sin derramar una lágrima.

Entonces Juan se puso a recoger con calma todo lo que era de él, a doblar sus efectos cuidadosamente como para hacer un saco de soldado; lo empaquetaba todo con esmero, por hábito de orden adquirido, a pesar suyo, en el regimiento, y aun se apresuraba por miedo a ser invadido por el sentimiento de ser débil.

Sentíase un poco consolado por aquella ejecución terrible por aquella satisfacción dada a la memoria del viejo reloj: feliz por haber tenido el valor de hacerlo definitivamente, pensando que pronto abrazaría a su padre y le contaría todo para obtener su perdón.

Luego, cuando hubo acabado, bajó a casa de Curá-n'diaye, la griota. Vio a Fatu, que se había refugiado allí, inmóvil, acurrucada en un rincón. Las esclavitas habían recogido todas sus cosas y las habían puesto en la calabazas, junto a ella.